

EL OJO CRÍTICO



José
Lois
Estévez

Entropía política (2). Por José Lois Estévez

La pasada semana, al referirme a la gran invención que significaría llegar a pensar a la velocidad de la luz pasé por alto un hecho de indudable trascendencia en el tema. Procedí como si todos los pensamientos humanos estuvieran encaminados a la investigación científica. Así, convertía una simple posibilidad en realidad, la potencia, en acto.

Lo cierto es que, aun que pensáramos a la velocidad de la luz, la mayor parte de nuestros pensamientos serían científicamente infecundos, pues lejos de ensimismarse en temas de investigación se dedican a muy vulgares asuntos de la vida cotidiana o se pierden en el más impredecible fantaseo.

Podemos establecer en nuestras representaciones intelectuales determinada ratio entre las que significan alguna mejora en nuestras condiciones de vida y las que suponen una disipación o despilfarro, al no reportar otros beneficios que los meramente individuales, tales como evitar el aburrimiento o librarnos de psicosis y de manifestaciones depresivas por relajar excesos de tensión que pudieran resultar perturbadores. Algo parecido podemos hacer al someter a estudio la entropía política. Habremos de contraponerla a la eficiencia social del pensamiento. Esto quiere decir que se delatará para nosotros al analizar el rendimiento y esmero que logren nuestros gobernantes en sus tentativas de brindar solución a los problemas de nuestra vida pública.

Aunque pensáramos a la velocidad de la luz, la mayoría de nuestro pensamiento sería científicamente infecundo

Como es fácil ver, tales problemas son reductibles a dos clases. Unos se nos presentan como susceptibles de tratamiento actual mediante el método científico; otros sólo permiten todavía aproximaciones intuitivas, por no haber encontrado la Ciencia un modo eficaz de aplicarles un tratamiento por exclusión. En apariencia, es el caso general en Política. Tal como suelen enfocarse las cosas hasta el presente, la Política se concibe aún no como la solución lógica o empírica a problemas finitos que admiten ser zanjados mediante pruebas de verdad o error, sino como decisiones voluntaristas que sólo buscan satisfacer a determinadas mayorías.

Se piensa de ordinario que la necesidad de un pronunciamiento político únicamente se deja sentir allí donde la Ciencia no ha conseguido resolver algunos problemas. Pues si la Ciencia es previsión; la Política, el arte de enfrentarse con lo imprevisto. La Ciencia podrá ir solventando algunas cuestiones (siempre pocas) de los innumerables que acechan en la vida pública y que deben encarar los políticos. Pero las más han de recibir respuestas urgentes, inaplazables, para las que no se han descubierto todavía soluciones científicas; pero que, apremiando sin espera, no se dispone para tratarlas de otra luz ni guía que el instinto.

Reconozcamos ser verdad que el político no puede esperar a que la Ciencia le resuelva sus problemas: tiene perentoria necesidad de darles la más pronta resolución por sí mismo. Han de adoptarse normas de conducta social mucho antes de que se conozca con científica seguridad como haya de ser el ordenamiento que responde a las exigencias de la Justicia.

Otra forma de la entropía nos la ofrece el desempleo. Y si es cierto que cuando un determinado

nivel de inversión no alcanza a saturar las cifras de población activa, la explicación del hecho anómalo hay que buscarla en la decadencia del ritmo de la innovación en los procesos productivos.

Por otra parte, hay también actuaciones sociales perturbadoras o paralizantes de la producción, que dan lugar a labores subsanatorias no enderezadas inmediatamente a incrementar nuestros recursos. Son también manifestaciones de la entropía política, visibles en los índices de litigiosidad y en el número de delitos. Como quiera que se consideren sirven igualmente para conocer la eficiencia del Gobierno en comparación con los que le precedan o sigan.